



El elegido

Guebel se va al Oriente

¿Somos sinceros con el lector de esta crónica? ¿Le confidenciamos que tomamos la última novela de Daniel Guebel, galardonado con el Premio Emecé con mucha desconfianza? ¿Le decimos además que la novela anterior de Guebel, "Arnulfo o los infortunios de un príncipe" nos había decepcionado? Sí, digamos que la narrativa argentina más actual nos viene dejando en general insatisfechos y que, además, se actúa con ciertos prejuicios. Pero "La perla del emperador" es, sin embargo, algo distinto.

No nos pareció la gran obra maestra que resultó para algunos, incluyendo los miembros del jurado que la premió (un jurado prestigioso y digno: Tomás Eloy Martínez, Abel Posse, César Aira), pero sí una novela con mucho atractivo, notablemente escrita, donde cada situación ha sido pensada. Es una novela lúdica, paródica, de juego permanente, que hace del relato el gran protagonista.

¿Qué historia narra Guebel? Una historia multiplicada en otras, un mundo sin fin, un cosmos que admite en su seno todos los cuerpos posibles. Es la historia de la perla de Labuán, una bella comerciante malaya, a la que tientan con otra perla, la que da título al libro. Es la historia del pescador que rescató esa perla del tamaño de un niño recién nacido, es la historia de Housai, el jefe de una ciudadela que busca a la mujer amada dibujada en un medallón de arcilla, son las historias que relata un carcelero al pescador de la perla, el pobre Tepe Sarab. Y así de continuo.

Juego de espejos, sin dudas (Housai busca a la mujer y en realidad se trata de él mismo dibujado con rasgos femeninos...), ironías, hasta carcajadas para los lectores y sorpresas que están preparadas a la vuelta de cada página. Y así es reflexión de peso en Guebel toda esa historia de los "noruegos" ragnarrelkinos que viven en torno a un ilusorio iceberg arrimado a sus costas (y que esconde en su interior una mítica ballena).

La alegoría no es directa en Guebel y las posibilidades de interpretación amplias, pero en todos los casos el autor ha tratado de captar un alma, la argentina, atravesada por vientos de desdicha, como diría Tomás Eloy Martínez, que trata de hacer pie cuando concluye el siglo y todo es interrogante.

En esta novela al menos Guebel no postula el feísmo, ni tan siquiera la novela "mala" que defiende Aira. Lo notable de "La perla del emperador" es la excelente redacción que presenta, las ráfagas de poesía que la atraviesan. Equivocaríamos al lector de esta reseña si dijéramos que nos dejó totalmente satisfechos (nos costó concluir, nos pareció que había zonas, las últimas, un tanto reiterativas) pero sin duda estamos ante un texto infrecuente, de esos que exigen más de una lectura y que necesitarían, sin ir a su último trasfondo, una suerte de "guía de lectura" para codificarla totalmente.

No puede dejar de advertirse en esta crónica una suerte de contradicción, entre lo efectivo que nos resultó —en gran parte— la novela, y respecto de aquello que no terminó de convencernos. Pero en todo caso en el análisis hay subjetividad y el todo refiere a gustos, a predilecciones estéticas. Pero dejando de lado esa circunstancia queda "La perla del emperador" como un texto arriesado y espléndido por momentos, algo distinto en el átono panorama de las letras vernáculas. Lo cual no es poco decir (Emecé Editores, Buenos Aires, 1990, 270 páginas).